

cando que su implantación traería la guerra civil y el desmembramiento del territorio.

Tardía pero justísima compensación de los nunca equiparados servicios que el Dr. Mier prestó á la patria fueron los tres últimos años de su vida. Escuchábasele con respeto, sus elocuentes peroraciones en el parlamento eran aplaudidas con ardor, su popularidad fué inmensa, única. El Presidente Victoria le alojó en el Palacio Nacional, el Congreso le premió espontáneamente con una pensión; sometiéronse á su estudio y consejo los más arduos negocios administrativos, y al bajar al sepulcro, el día 3 de Diciembre de 1827, causó su muerte un verdadero duelo nacional.

Duéleme que en rápido é incoloro bosquejo figure en este libro la figura excelsa del gran patricio; pero me consuela pensar que esta breve sinopsis puede contribuir á despertar en el lector el deseo de estudiar en más copiosas fuentes la vida de uno de nuestros más grandes hombres.

### XIII

#### GRAL. D. ANTONIO LEON.

**D**EL número de aquellos ciudadanos que consagran su vida entera al servicio de la patria, y á quienes debe ésta, por lo mismo, eterna gratitud, fué el General D. Antonio León.

Nacido en Huajuápam el 4 de Junio de 1794, de padres que lo fueron D. Manuel León y D<sup>a</sup> María de la Luz Loyola, mostró desde niño afición decidida á la carrera de las armas entrando á servir en ella el 10 de Mayo de 1811, en clase de alférez de la compañía del lugar de su nacimiento. Ascendió á teniente el 6 de Julio de 1814, y á capitán el 8 de Abril de 1817, después de haberse visto en numerosas escaramuzas y en nueve acciones de guerra, haciéndose notable no sólo por su valor sino también por sus humanitarios sentimientos para con los vencidos.

León, que, por motivos que no nos es dado juzgar, no abrazó la causa iniciada por Hidalgo, sino que militó en las filas realistas, decidióse á defender la Inde-



pendencia en Marzo de 1821. El 16 de Junio, con sólo 26 hombres, mal armados y peor municionados, atacó á doble número de realistas, y el 20 los obligó á rendirse á discreción. Dos días después, ya aumentada á 180 hombres su fuerza, se dirigió á Huajuápam, punto bien fortificado y defendido por tropas superiores, y merced á su destreza y habilidad hizo capitular al enemigo, apoderándose de tres cañones y de considerable repuesto de fusiles y municiones.

Iturbide, sabedor de los triunfos de León, dióle en premio la comandancia de las Mistecas. Por su parte el valiente oaxaqueño quiso corresponder á aquella distinción, marchando sobre el fuerte de Yanhuítlán defendido por tropas numerosas y abundante artillería. Puso sitio al fuerte durante quince días, al cabo de los cuales rindiósele (16 de Junio), quedando en su poder todo el armamento. El 29 del propio mes atacó al coronel Obeso, comandante general de Oaxaca, que se había fortificado con más de trescientos hombres en la iglesia y convento de Tehuantepec. Después de un fuego vivo que duró tres horas y media, rindióse Obeso y entregó á León un acopio considerable de municiones de guerra.

Esta victoria fué la que abrió las puertas de la capital de Oaxaca á los soldados de la libertad, y muy pronto la provincia toda reconoció el Plan de Iguala.

León no sólo había conducido á la victoria á las tropas de su mando: las había organizado y había empleado cuatro mil quinientos pesos en su mantenimiento. Para recompensar estos servicios de alguna manera,

Iturbide le ascendió el 7 de Agosto á teniente coronel.

No descansó León al ver pacificada la zona de su mando. Reunió tropas, armas y municiones para ayudar á D. José Joaquín de Herrera, que sitiaba á la sazón á Puebla, al General Santa-Anna, que militaba en Veracruz, y al mismo Iturbide.

Consumada la Independencia, confiése á León la comisión de reducir al orden á los que lo habían alterado en la costa (Octubre de 1821) pronunciándose por el rey de España. Sin disparar un solo tiro, León, merced á su influjo personal y al renombre de sus soldados, logró restablecer la paz, servicio que le valió el grado de coronel.

Mal aconsejado Iturbide, se hizo proclamar emperador. Entonces León, demócrata sincero, se puso de acuerdo con los generales Bravo y Guerrero y con el coronel D. José de las Piedras, y se pronunciaron en Huajuápam el 14 de Enero de 1823. En este mismo año y el siguiente, León ocupó sin interrupción puestos públicos de importancia, entre ellos el de comandante general de Oaxaca, por cuya provincia salió electo diputado al primer Congreso Constituyente.

En 1827 debiósele la reducción de los pronunciados que acaudillaba el coronel D. Santiago García. No menos útiles fueron sus servicios cuando llegó á temerse que la expedición española de Barradas tomase las proporciones de que por fortuna estuvo distante.

La agitación continua en que León había vivido hasta entonces alteró su salud. Retiróse á la vida privada en su villa natal, hasta que en 1830 el Gobierno nece-



sitó de su concurso para destruir, como lo consiguió, las gavillas de Narvaez y Medina que amenazaban la tranquilidad de todo Oaxaca.

En 1832 fué electo diputado al Congreso general; pero una de las tres revoluciones acaudilladas por Santa-Anna, la que dió por resultado la caída del Gobierno de Bustamante, impidió la reunión del Congreso. Al hacerse nuevas elecciones, terminada la guerra civil, volvió el pueblo á designarle su representante, y otra vez dejó de ocupar la curul en virtud de haberle confiado el Gobierno la conservación del orden de Oaxaca. Y como los trastornos públicos se sucedían en las Mistecas, León fué llamado tres veces, de 1834 á 1837, al mando de las armas del Estado con, facultades amplísimas, de que siempre hizo uso con el mayor acierto. Igual cordura mostró al encomendársele en 1838 la pacificación de Chiapas. En ese mismo año, al verificarse la invasión francesa, fué nombrado segundo en jefe de la división del Centro, y como faltaran al Gobierno recursos, socorrió él á la guarnición con ocho mil pesos suyos.

Proclamado en México el sistema federal el 15 de Julio de 1840, la revolución no tardó en ramificarse en los Estados. León, que entonces era comandante general del de Oaxaca, logró con su influencia y con el tino que le caracterizaba, conservar el orden, y aun llegó á tener listas algunas tropas para auxiliar al Gobierno general. Al año siguiente una nueva revolución, la que estalló en Tabasco, brindó al incansable soldado oaxaqueño ocasión de ser una vez más eficaz sos-

tenedor del Gobierno establecido. Pero León, comprendiendo al fin que era indispensable que la Nación fuese regida por el sistema federal, decidióse á secundar en Oaxaca el plan proclamado en la Ciudadela de México por el general Valencia, y evitó al Estado las consecuencias de una revolución en que habrían tomado parte, sin duda, los que por sólo el medro personal abrazan cualquiera causa.

En esta época fué ascendido á coronel efectivo y se le dió la placa de primera clase por su constancia en la carrera militar, acreditada por más de treinta años de buenos servicios.

Reunidos los mandos político y militar en los Departamentos en un sólo individuo, recayó en León el nombramiento para el de Oaxaca.

La página más gloriosa de su administración es la que encierra la historia de la incorporación del Soco-nusco á la República (1842) debida á su inicialiva y á su esfuerzo. En esta ocasión, como en otras que ya mencionamos, León contribuyó con sus propios recursos pecuniarios al sostenimiento de las tropas que mandaba. Terminada la expedición, quiso retirarse á la vida privada como su salud lo demandaba; pero el Gobierno federal no quiso acceder á su petición, y el Estado entero se opuso también. Resignóse y continuó rigiendo los destinos de aquel pueblo que tanto le distinguía.

En Enero de 1843 se le expidió el nombramiento de general de brigada, y el 10 de Junio del mismo año se dió al pueblo de su nacimiento el título de villa de Huajuápam de León.



Tal era el prestigio de que gozaba, tantas las consideraciones que se le dispensaban, que á pesar de los frecuentes cambios políticos que hubo de 1843 á 1846, León continuó al frente, puede decirse, de los negocios de Oaxaca, respetado por todos.

La injustificable invasión norte-americana vino á poner á prueba el patriotismo y el valor de los mexicanos. Cual correspondía á sus honrosos antecedentes, León acudió solícito al llamamiento del Gobierno al frente de una brigada oaxaqueña. Perdida la batalla de Cerro Gordo, fueron las tropas de León las que sirvieron de núcleo al ejército, cuando el general Santa-Anna, ya en Orizaba, se dedicó á reorganizarlo después de aquella desgraciada acción.

En la biografía del valiente oaxaqueño que nos ocupa no cabe la historia de los movimientos militares que en el valle de México se verificaron en aquellos días. Diversas obras contienen la relación de tan lamentables sucesos, y á ellas remitimos al lector, pues nosotros tenemos que limitarnos á hablar de la memorable defensa del Molino del Rey, en la que perdió la vida el general León.

Después del desastre de nuestras tropas en Padierna, los invasores penetraron en Tacubaya y establecieron allí su cuartel general amagando á Chapultepec. Rotas las negociaciones de paz, dejóse á los ejércitos la decisión de la contienda entre México y los Estados Unidos. Entonces tuvo lugar la batalla del Molino del Rey en 8 de Septiembre de 1847, batalla en la que, como dice un historiador severo, por más que la

fortuna hubiese coronado el esfuerzo de los invasores, hay que convenir en que con dos ó tres como esa, habrían quedado reducidos á la condición de una patrulla.

La lucha fué sangrienta, y cuando en lo más reñido de ella animaba á sus soldados y los arrojaba sobre los invasores, recibió una grave herida, de la que sucumbió pocas horas después.

“Así, como ha dicho uno de sus biógrafos, el hombre que había cooperado tan eficazmente á la consolidación de la Independencia nacional, no desmintió en su muerte su gloriosa vida. Salvóse de los peligros que corría en la guerra con los antiguos dominadores de México, para sacrificar su existencia, veintisiete años después, en un combate contra otro enemigo extranjero; pero defendiendo siempre la independencia de la patria, es decir, la más noble, la más pura, la más hermosa de todas las causas.”

Guarda, pues, la historia en sus inmortales páginas el nombre de D. Antonio León y de sus ilustres compañeros, muertos el 8 de Septiembre de 1847; y si algún día la patria vuelve á recibir el inicuo ultraje de ver hollado su suelo por el invasor americano, que el recuerdo de León, de Balderas y de tantos mártires ilustres, sirva para conducir al combate á los que conserven en su corazón el fuego sagrado del amor á México. No importa que la fortuna corone á la iniquidad con el laurel de la victoria: es preferible la muerte á la humillación del que vive como extranjero en su propia patria por no haber sabido defenderla.



No podemos resistir al deseo de citar, para concluir, algunas palabras de nuestro preclaro historiador el Sr. Roa Bárcena, á propósito de la batalla del Molino del Rey en que halló la muerte el General León.

"Gloriosa aunque adversa, dice el escritor académico, fué para México la jornada de 8 de Septiembre de 1847, y si, antes que las lomas de Tacubaya, no hubiesen albeado á centenares en la Angostura, Cerro Gordo y Padierna los cadáveres enemigos, la historia de esta sola jornada refutaría el aserto atribuido al general Grant, teniente en ella y con posterioridad vencedor de la Confederación del Sur y presidente de los Estados Unidos, de que nuestros soldados huían al simple aspecto de las bayonetas norte-americanas. Si tal aserto, que el sentido común rechaza, hubiera sido expresado, las sombras de Martin Scott y tantos otros veteranos en cuya diestra fría quedó inmóvil la espada aquella mañana, surgirían en la conciencia del autor, protestando contra su dicho."

---



---

## XIV

### D. CARLOS MARIA BUSTAMANTE.

---

**P**ATRIOTA eminente en la gloriosa época de la conquista de la libertad é independencia de México; historiador de ese mismo período, y por último, infatigable editor de obras que acaso se habrían perdido para siempre si él no hubiese empleado en su publicación tiempo y recursos, D. Carlos María Bustamante no merece el desdén con que de él hablan muchos á quienes nada deben ni la patria ni las letras. Obra de reparación fué, por lo tanto, la del Estado de Oaxaca al proclamar que se honra en contar entre sus mejores hijos al Sr. Bustamante, al erigirle una estatua.

La lectura de los apuntamientos biográficos que va á conocer el lector, comprobará lo que acabamos de decir.

Nació D. Carlos María Bustamante en Oaxaca el día 4 de Noviembre de 1774. Quedó huérfano á la edad de seis años, y su niñez fué muy enfermiza.

A los doce años comenzó á estudiar gramática lati-